

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

¡No hay clases!

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

POR

Luis Taboada

CÓMO SE CASAN

POR

Eduardo Bustillo

EL JARAMAGO AMANTE

POR

José Estremera

BICICLETOMANÍA

POR

Juan Pérez Zúñiga

EL CURA DE VERICUETO

POR

Clarín

CASA TRANQUILA

POR

Sinesio Delgado

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

NO HAY CLASES

FOLIES BERGÈRES

EL VICIO DE LA BEBIDA

(ocho viñetas)

EL CURA DE VERICUETO

(cuatro viñetas)

ESPAÑA CÓMICA

(Cádiz)

POR

Cilla



—Nada, está visto. Todos los hombres tratan a la señorita en el gabinete lo mismo que me tratan a mí en el recibimiento.



DE TODO UN POCO

Lo primero que hace todo funcionario público, cuando entra un ministro nuevo, es buscar recomendaciones de empuje para que no le quiten la pitanza.

Ahora, con motivo del cambio de ministerio, andan los empleados medio locos, subiendo y bajando escaleras, atropellando criaturas y tropezando con los transeuntes.

—¡Eh! ¿Adónde va usted?—les pregunta la portera al verles subir los escalones de dos en dos.

—A casa de D. Higinio el diputado.

—No está.

—¿Que no está?

—Ha salido.

—No me engañe usted, señora, ¡por la Virgen Santísima! Yo sé que á esta hora está siempre en casa reformando la letra.

Y deja á la portera con la palabra en la boca para ir á llamar á casa del diputado.

—¿Quién?

—Servidor. ¿Está D. Higinio?

—¿Quién es usted? ¿El sastre? Pues dice el señorito que hasta el 8 no puede darle nada.

—No soy el sastre; soy Sopleta, el de la Sala de Ultramar... Dígame usted que estoy aquí; él me quiere mucho.

—Que pase ese Sopleta—óyese decir á D. Higinio.

—Gracias, muchísimas gracias: no esperaba menos de la bondad de usted... D. Higinio; yo no sé si abuso, pero soy pobre.

—¿Qué le hemos de hacer!

—Dicen que va á haber muchísima sangre en mi ministerio.

—Ya le he recomendado á usted anoche.

—Gracias, D. Higinio; no esperaba menos... pero no estaría de más que el ministro conociera lo de mi señora.

—¿Cómo?

—Convendría que tuviese conocimiento de su embarazo. ¡Ya ve usted, salir ahora con un nuevo hijo, después de seis años de asueto! Dicen que el ministro es persona de muy buenos sentimientos y muy amante de las familias numerosas.

—Vaya usted tranquilo.

—¿Le parece á usted que me presente á él y le lea una obrita que he hecho sobre la manera de tomar café en la oficina sin perjudicar el servicio? No vaya á dejarme cesante creyendo que soy algún bruto.

Hay señoras que dejan en casa á los maridos y ellas se ponen las mantillas y van á ver á los ministros para decirles:

—¿Uzté no me conoce, verdá? Puez yo zoy de las Bezuguete de Carmona y he conocío mucho á una zeñora que estaba cazada con un pariente de zu zuegro de uzté, y noz queríamos como hermanas; tanto que cuando eya ze dió er gorpe en la ezpinilla, yo fui quien le puzo la unción como er mejó eclesiástico.

—Usted me dirá qué desea.

—Puez mi ezposo ezta aquí, en ezte establecimiento der dirno cargo de vocencia, y venía á ver si puede dárcelo un acenzo porque ez una perzona mu pundonorosa y muy honrá y pue uzté mandarle too lo que guzte, lo mismo en euztión de oficina que en las cozaz particularéz de vocencia. Otro miniztro que tuvo lo empleaba en zus azuntos domésticos, y mi marío era quien le cortaba loz cayos y quien le quitaba laz manchas con bencina.

El que no se menea y no busca recomendaciones gordas, suele pasar al panteón de los cesantes. Lo que hay que hacer es molestar todo lo posible al ministro, ora con cartas, ora con visitas, ya con recomendaciones, ya con versos.

Ó adoptar el sistema de un mi amigo que está empleado hace seis lustros en un ministerio y además toca el arpa de afición.

En cuanto hay nuevo ministro coge á un mozo de cuerda, le

coloca el arpa encima de los hombros y ambos penetran en el domicilio del flamante consejero, atropellando á los criados y á la familia, si fuere preciso.

Inmediatamente mi amigo coge el arpa, la afina y rompe á tocar una de sus más difíciles piezas de repertorio.

El nuevo ministro, como es natural, agradece la atención y hasta aplaude. Entonces le dice mi amigo haciendo una reverencia con arpa y todo:

—Pues bien, excelentísimo señor, yo tengo 20 en el ministerio y estoy postergado. Otros con menos títulos y sin saber una nota de música cobran 24 y 30. ¿Es esto justo?

—No lo es—dice el ministro, y le asciende al otro día.

Por esta vez los ministros no están para músicas, y es muy posible que dejen en la calle á muchos caballeros que vienen cobrando desde su más tierna edad, y que dicen con cierto orgullo:

—Llevo treinta años en el ministerio. ¿Le parece á usted justo que se me declare cesante?

—Justísimo—contesto yo.—Tiempo es ya de que ceda usted el puesto á otro desdichado que no haya comido todavía del presupuesto. ¿Ó es que cree usted tener solo el privilegio de vivir á costa de la nación? ¿Los demás somos hijos de cura?

* *

¡Oh, la Pinckert!

Hé aquí la exclamación de moda.

Hasta hace poco tiempo decía la gente:

¡Oh, Guerrita! Ahora hemos cambiado de ídolo, y quierá Dios que dure mucho, porque aquí pasan los ídolos con la misma facilidad que los catarros.

Hay quien coloca á la Pinckert por encima de la Patti y de Berra y quien le para á usted en la calle para decirle con acento de amarga reconvencción:

—¿Qué? ¿No ha oído usted á esa mujer?

—No, señor, aunque me esté mal el decirlo.

—Pues es usted un insensato.

—Gracias.

Los verdaderos entusiastas del arte no aciertan á comprender cómo puede un hombre vivir sin Pinckert, y, sin embargo, somos muchos lo que no la hemos oído y hacemos la digestión perfectamente.

* *

Lo incomprensible, en cierto modo, es que haya españoles que no conozcan los versos de Antonio Grilo.

Este poeta, delicado y tierno como pocos, ha conseguido que sus preciosas poesías lleguen á todos los hogares y sean recitadas de memoria por casi todas las mujeres que saben sentir.

Hace pocos días que se ha puesto á la venta su libro *Ideales* y Fe lo vende como pan bendito, pues aparte el mérito indiscutible de Grilo, la obra encierra un fin altamente simpático: el de constituir una dote para la hija del poeta.

Sin esta circunstancia, por todo extremo loable, el libro se hubiese vendido fácilmente: ¿cómo no venderse ahora sabiendo que sus productos van á realizar el milagro de ver á un ángel con dote?

Luis Cabada.

★

Cómo se casan.

Ya no insisten las doncellas en casar con hombre pobre cuando el paternal cuidado les ofrece rico el hombre.

Lo de «¡Con él ó con Cristo!»

«¡Firme soy en mis amores!»

«¡Muera yo y viva mi dueño!»

son recuerdos de canciones;

idilios ya legendarios,

endechas de trovadores,

suspirillos de otros siglos,

ecos de otros corazones.

Ya ven más claro las niñas;

que, aunque el amor se la pone,

si la venda es un estorbo,

la desatan ó la rompen.

Y al ver el amor á un lado

y á otro lado los millones,

toman éstos por delante para cuando aquél las tome.

Rara será ya la niña que no se avenga á razones y que, al vestirla de gala, su amor ofendido lllore.

El sí de *El sí de las niñas* ya de boca en boca corre; sin que obediencia le dicte ni le pronuncien temores.

Con valor brota del labio ese engaño, á veces doble, que, con conciencia del dolo, honrados testigos oyen.

La conveniencia le dicta, la soberbia le hace noble, y no hay afecto sagrado que le condene por torpe.

El amor no entra en el templo,
ó allí en acecho se esconde
como un ladrón de promesas
que le aplacen los favores.

Aún espera el pobrecito,
rodando por los rincones,

que, la que al rico se vende,
algo al desnudo le otorgue.

Y, entre el desnudo y el rico,
muchas gozan en la corte,
y el diablo es quien se las lleva,
aunque se las lleve en coche.

Eduardo Bustillo.

EL JARAMAGO AMANTE

En la escondida tumba
del que Celia amó tanto
tranquilo y á sus anchas
crecía el amarillo jaramago.
La enamorada, un día
cogió un frondoso ramo
y lo plantó en un tiesto
gloria de Sevres y del arte encanto.
Ella era soñadora
y oyó en sus tiernos años
algo de metempsicosis
y de muertos que vuelven á estos barrios;
y pensaba la pobre
que el alma de su amado
desde la tumba fría
se trasladó á las hojas del yerbajo.
Aunque al novio difunto
juró por cien mil santos
que había de ser suya
ó retirarse para siempre al claustro,
á poco de la muerte,
tras verter llanto amargo
lo menos cuatro días,
á un rico señorón le dió su mano.
Aunque á su dulce esposo
le prometió amor santo,
eran siempre del muerto
el corazón y el pensamiento esclavos.
Y por eso en la alegre
ventana de su cuarto
colocó la maceta
del triste y amarillo jaramago.

Y á veces le decía
con infante encanto:
«¡Oh dulce amado mío,
así te he de tener: siempre á mi lado!»
Una tarde... (sopaba
con furia loca el ábrego)
cariñoso el marido
á Celia con amor cogió en sus brazos.
El jaramago, entonces,
por el viento agitado,
rozaba en los cristales
por ocultos misterios del acaso.
Y la sencilla esposa,
á la yerba mirando,
al esposo decía:

—¡Déjame, vete, apártate, inhumano!

—¿Qué es eso, dulce esposa?

—¡No me amas! ¿Desde cuándo?

—Sí; pero tengo miedo.

—¡Tú miedo junto á mí!

—¡Muero de espanto!

¡Esa planta se agita
de un modo extraordinario,
y es por mí!

—De una yerba

¿qué tienes que temer, dueño adorado?

—¡Ella... tú! ¡Dios piadoso,
tengo miedo de entrambos!

—¡Mujer! ¿te has vuelto loca?

—¡La yerba!...

—Concluyamos—

dijo, abrió la ventana

y la rica maceta tiró al patio.

Ella, lanzando un grito,

cayó al suelo llorando

y le dijo al esposo:

—¡Perdón!... ¡pobre de mí! ¡Ya estás vengado!

José Estremera.

Bicicletomanía.

Mi amigo Luis Vergara,
que ya no es niño,
tiene á la bicicleta
tanto cariño,

que no cesa en el día
ni un solo rato
de estar sobre las ruedas
del aparato.

Se levanta, le monta
con mucha maña;
ni siquiera se apea
cuando se baña
y en bicicleta come
causando risa,
y así va al ministerio
y así va á misa.
Aunque quiere de veras
á su señora,
que Enriqueta se llama
y en él adora,
le inspira más cariño
la bicicleta
y la mima cien veces
más que á Enriqueta.
Á ésta, trajes de lana
le da, si acaso,
y hace á la bicicleta
fundas de raso.
Á sus competidores
tiene iracundos.
¡Lo que el hombre ha rodado
por esos mundos!
Por llanuras y cuestas
rápido avanza
y si se pica un poco
nadie le alcanza.
Avantaja á los trenes
en la carrera,
y al telégrafo toma
la delantera,

sin temer á los fríos
ni á los calores,
ni á que le rompan algo
los malhechores.
A la leche de burras
era abonado
siempre que estaba ronco
y acatarrado,
y ahora cuando un catarro
su pecho aprieta
se lo cura con leche
de bicicleta.
Cuando el andar *roaando*
no se estilaba,
nuestro don Luis á nadie
se doblegaba;
pero hoy, aunque no es su ve
como la seda,
si rodar se le manda,
con gusto rueda.
En fin, hasta de noche
don Luis Vergara
de su gran bicicleta
no se separa,
pues aunque durmió siempre
con su costilla,
hoy, como está tan flaca
la pobrecilla,
le es igual acostarse
con Enriqueta
que meter en la cama
la bicicleta.

Juan Pérez Zúñiga.

Folies Bergères.



—Cada nación tiene sus *folies*... y no van ustés á tener más remedio que abrirme la puerta.

El vicio de la bebida.

(CUENTO PARA NIÑOS PEQUEÑOS)



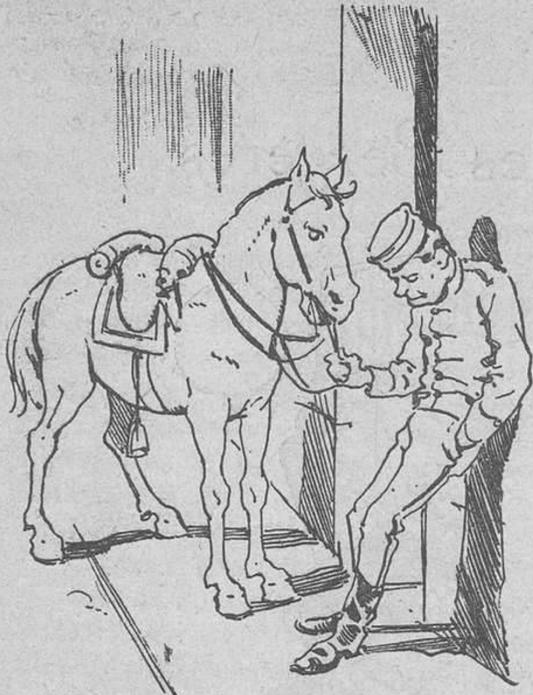
Pues señor, éste era un asistente que salió con el caballo enjaezado para su teniente.



Y se encontró á la puerta de una taberna con un amigo que le convidó á copas.



Y ¡claro! se emborrachó el pobrecito asistente.



Como el teniente tardaba en salir, se quedó á la puerta de la casa como un tronco.



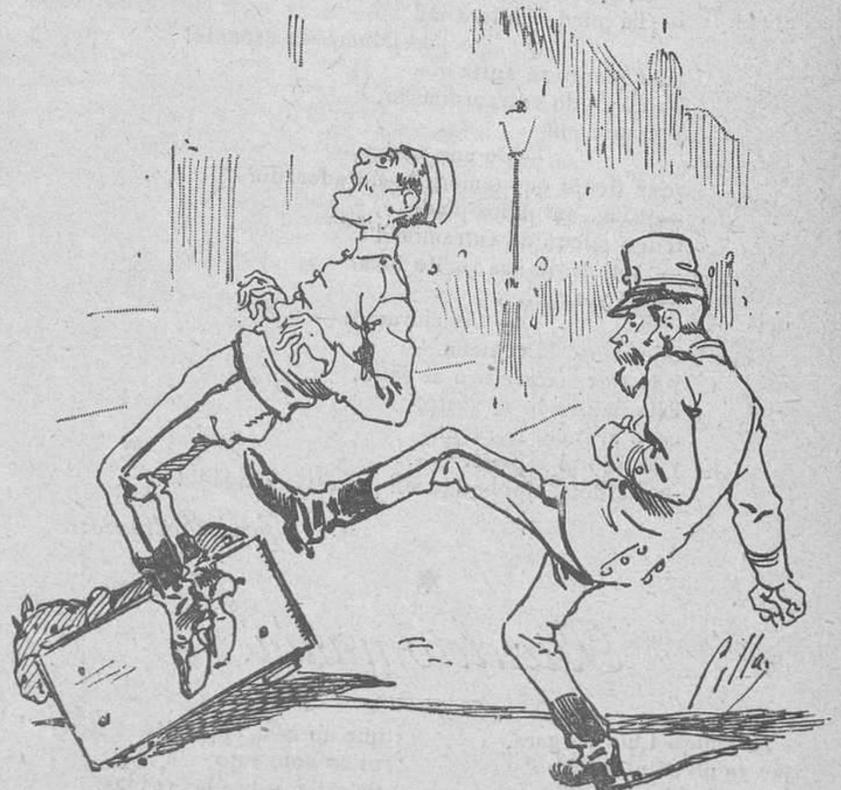
Y unos chicos muy malos, que andaban por la calle jugando con un caballito de cartón,



le dejaron su caballito en lugar del caballo de verdad, y se marcharon.



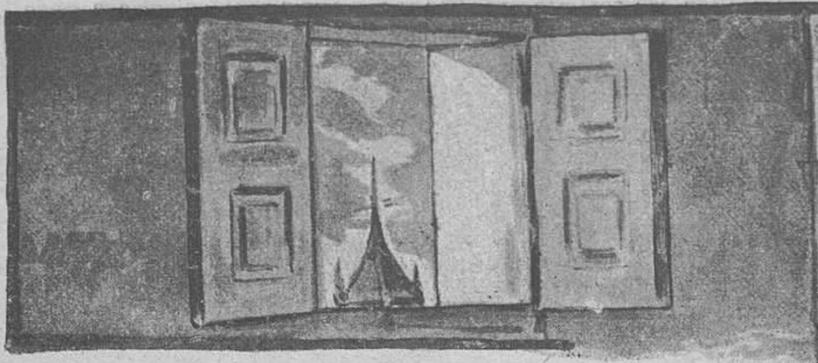
Salió en esto el amo, y el asistente, que no veía de borracho, le ofreció el estribo como de costumbre.



Y fué el teniente y le pegó mucho. ¡Todo por la picardía que habían hecho los niños malos!

L. P. 1919

P. 112



El cura de Vericúeto.

(SEGUNDA PARTE)

III

No sólo el orgullo me incitaba á darle tiempo y forma al barón para cambiar la rueda de la fortuna; también la simpatía que me inspiraba, la lástima que le tenía me animaban á ello. Fingía el infeliz gran serenidad: sonreía, sonreía sobre todo cuando la risa fina del conde le desafiaba, tentaba su valor. A cada nuevo golpe repetía Cabranes:

—Pero, amigo capellán, esto no vale; así va usted á acabar por perder de fijo... Basta, basta... le debo á usted...

—Adelante, adelante—interrumpía yo, entre la admiración de todos.

Empezó el trance fiero de jugar lo que ya no había presente; riqueza que se tenía ó no se tenía... ¡Pero bastaba la palabra de un noble! Yo no sé si creía en el dinero ausente, pero creía en la palabra. ¡Debajo de las piedras buscaría un Cabranes el dinero que ofrecía!

El conde, ante aquellos dos valientes, cada cual á su modo, lleno de envidia, empezó á apuntar la idea de que... todo era broma, de que no entendía el barón deber de veras lo que perdía de palabra... El barón, como si hubiese que mostrarse fino, *distinguido*, fingiendo *seguir la broma* de que aquello *pareciese broma*... por el bien parecer, algo dijo en este sentido; pero mirando al conde y mirándose á mí de suerte que quería decir: «El que crea eso de veras, que yo no he de pagar *en serio*, me ofende como si me diera una bofetada». Y al barón nadie le abofeteaba sin pagar con la vida.

Tan lejos fué, huyendo de él, la suerte, que llegó mi ganancia á términos que me dejaban bien claramente ver que los Cabranes no tenían con qué satisfacer la deuda... sin que por eso dejaran de tenerla por sagrada.

Y yo seguía ofreciendo el desquite.

No lo jugaba, es claro, el barón todo de una vez; la vergüenza no le consentía doblar cantidades, que pronto hubieran hecho fabulosa la deuda; perdía poco á poco; iba cayendo de peña en peña, rebotando, por aquel abismo abajo.

Llegó un momento en que cesaron las fingidas bromas, los comentarios; el barón callaba por no jurar y desesperarse, yo por prudencia, los demás por la seriedad honda del caso.

Yo mismo sentí cierta alegría, como un consuelo, como si respirase mejor, la primera vez que dejó de perder el de Cabranes; ganó después otra cantidad, y otra, y otra; y en mí empezó ya cierto temor supersticioso; cuando lo ya desquitado por el barón montó á una suma de miles de duros, me dolía á mí en el alma aquel caudal imaginario que acababa de irseme de entre... las muras de la fantasía, como si hubiera tenido que vender las pocas tierras de mis padres para pagar aquello.

Hubo después alternativas; la suerte coqueteaba, y entonces, mucho más que antes el orgullo, me ataban el egoísmo, el interés, la rivalidad, la lucha, á la terrible partida en mal hora empeñada.



Mi arrogancia, mi audacia de jugador afortunado, seguía después de que ya nada le debía á la suerte y sí algo al barón; me parecía un derecho mío seguir ganando. Llegó un momento en que era yo quien tenía que intentar el desquite.

Entonces volvió á reír el conde, y era á mí á quien desafiaban y tentaban sus ojazos azules, nobles y fríos.

Ni se habló siquiera de interrumpir el juego. El cura hidalgo no era menos que el noble tronado; en eso estábamos. Se me daba el desquite, como lo había dado yo. Y corría la noche. Se



acercaba el alba, y con ella la hora de decir misa varios de los que rodeaban la mesa cubierta con el cobertor peludo de Palencia.

El conde volvió á cesar en sus cuchufletas y risitas cuando yo, lleno á mi vez de vergüenza, empecé á perder también bajo mi palabra. El barón, radiante de alegría, con la generosidad poco segura de los afortunados, daba á entender muy discretamente que estaba dispuesto á creer en mis riquezas fiduciarias como yo había creído en las suyas.

Pero yo comprendía, con terror, que los circunstantes me concedían, en silencio, mucho más limitado crédito que al barón de Cabranes. Este era pobre para ser noble y para sustentar numerosa familia; pero, al fin, mucho más rico que el mísero capellán que vivía de pitanzas y de una pensión de limosna.

Con todo, seguí jugando. Yo también caía de peña en peña, rebotando, en aquel abismo de la deuda inverosímil; el tiempo volaba, la partida tenía que acabarse, entraba la luz del alba por las rendijas de los balcones cerrados, y difundía por la sala el color de las capillas de los condenados á muerte, á la hora de la agonía. Seguía perdiendo poco á poco. Pero ya perdía miles y miles de duros. Los *mirones* empezaban á bostezar, á cansarse, el interés de lo incierto desaparecía; ya se veía la solución: que yo no me desquitaba. El conde, cansado de respetar mi desgracia, manifestó hastío, desdén; como era verdad que tenía el valor de despreciar sus propias pérdidas, se permitía despreciar también la mía; ya daba á entender que iba á suspenderse el juego, por el bien parecer, porque era ya muy tarde, es decir, muy temprano; con cierta crueldad fingía olvidarse de lo que allí más importaba, que era mi situación; daba por supuesto que yo también atribuía, ó fingiría atribuir, más importancia á la circunstancia de la hora que era, que al estado en que me iba á dejar la suspensión del juego.

Un rayo de luz viva entró, como si fuera la policía, hasta iluminar la baraja; se levantaron dos ó tres de los testigos de aquel duelo... y fuera sonó una campana. Tocaban á misa. La misa de Fray Fernando, que debían oír el conde, el barón y otros legos.

Desaparecieron los naipes, se retiró el cobertor, se abrieron los balcones, entró la claridad del día á borbotones y con los sombras desapareció la pesadilla. Pero quedaba la realidad de que ya parecía acordarme yo sólo. Debía al barón de Cabranes miles y miles de duros.

Aquella mañana yo no dije misa. Cuando volvieron los demás de oír la de Fray Fernando, nos reunimos en el cenador de la huerta del conde á tomar chocolate.

Vegarrubia, ó me tuvo lástima, ó quiso menospreciarme. Y volvió á su tema de que la partida, en la parte confiada al crédito, había sido broma. Daba por hecho que el barón no creía que yo, con toda formalidad, le debía tantos miles de duros. Llegaron señoras, y el conde insistió en hablar del *capital* que yo debía. Entonces hice lo que antes había hecho el barón: fingir que creía fantástica la deuda, cosa de *juego*, de buen humor... Pero mi modo de mirar al barón debió darle á entender lo mismo que yo

había comprendido en su mirada de aquella noche: que era darme de bofetadas el pensar que yo creía aquello que estaba diciendo: «No tengo con qué pagar, decían mis ojos, pero debo... y para este hidalgo, para pagar, lo esencial no es tener, sino deber. Debo... luego pago... aunque no tenga. Dios no hace milagros con el dinero, que es vil, y menos á favor de los jugadores, pero un hidalgo como yo, aunque sea cura, paga... paga...»



El barón sonreía... pero bien comprendí que no se negaría á cobrar todo lo que yo pudiera pagarle.

Al conde no le miré siquiera.

Al día siguiente escribí al de Cabranes una carta, porque no me atreví á ir á decirle en persona «que esperase»; y en la carta le decía, en sustancia, esto: «Ahí va todo lo que tengo, todo lo que hoy por hoy es mío. Seguiré pagando á medida que pueda, y crea usted que no me reservaré más *bienes* que los que la ley más severa concede al deudor menos digno de miramientos. Hasta que pague *todo* lo que le debo, que es mucho más de lo que yo puedo ganar en muchos años, atado como estoy de pies y manos, para hacerme rico, por mis votos; hasta que *no le deba nada, me condeno á presidio, á trabajos forzados de miseria, de sordidez, de avaricia.* (Hágame el favor de aceptar esta manera de cumplir con usted, estos plazos indefinidos, pero seguros; y además, no como favor, con el derecho que me asiste, le pido que ni por las mientes se le pase hablar de perdonar la deuda, ni reducirla ni cosa por el estilo. Antes que nada, *aun antes que sacerdote, soy hombre.* Este deber de pagar deudas de juego no es cosa de mi ministerio, porque el buen sacerdote no juega, es deber *humano*, de mi condición pecadora de hombre vicioso... pero hidalgo».

El barón me contesto muy fino, muy *correcto*, como se dice ahora, dándome para el pago todos los plazos que quisiera y no aludiendo ni remotamente á la idea de perdonar ni de reducir la deuda. Era lo que yo le exigía... y sin duda lo que él necesitaba.

¡Estaban tan pobres!

Después de leer su carta, satisfecho, *en cierto modo*, pero por mil razones aturrido, loco... dirigíme por instinto al reclinatorio de mi alcoba, sobre el cual estaba abierta la Biblia por el Nuevo Testamento.

¡Luz, Señor! grité, y, de rodillas, lancé mi mirada sobre el sagrado texto.

Decía:

«Deja tus bienes á los pobres y sígueme.» Pero yo leí: «Deja tus bienes *al barón* y sígueme».

Ya sabía el camino: Todo para el barón, para mí la pobreza. Mi sudor, mi trabajo, mis afanes, mis ganancias, el *oro serio, inflexible*, con el cual no se hacen *milagros*... para mi deuda.

Clarín.

(Se concluirá.)

Casa tranquila.

—Vengo á tratar del cuarto que se alquila.

—¿Quiere usted verle ahora?

—Ya lo he visto.

Vine ayer por la tarde; usted no estaba, me dió un hombre las llaves...

—Sí, mi Acisclo.

—Bien, su Acisclo de usted. Y me conviene, pero antes de cambiar de domicilio no estaría de más que usted me diera ciertos datos...

—¿De qué?

—De los vecinos.

Me gusta estar en autos de la gente que vive donde vivo.

—Y hace usted bien, señor; que muchas veces, por no andarse con esos requisitos, se meten, sin saberlo, las personas á tratar sinvergüenzas y perdidos.

¡Hay tantas casas en Madrid, tantísimas, que son un puro escándalo continuo!

—¿Pero ésta no es así?

—¡Calle usted, hombre!

El dueño de esta finca es hombre digno que no admite inquilinos sospechosos aunque le traigan cartas del obispo.

Mire usted, en el bajo

vive un señor de edad, soltero y rico, que tiene el piso puesto con un lujo, ¡ya verá usted que piso!

Pues nunca se le siente. Sale poco, no trasnocha jamás, no tiene amigos...

y sólo viene á verle una sobrina muy guapa y muy formal, que no abre el pico.

En el cuarto entresuelo hay dos señoras que, por favor, mantienen á dos hijos de una prima carnal que murió en Cuba y les tratan las dos con un cariño...

Pues ¿y en el principal? Un matrimonio que aunque está, al parecer, desavenido no regaña jamás. El no está en casa casi nunca, por cosas del oficio.

—¿Qué es?

—Viajante; y es claro, como el pobre

tiene siempre que andar por los caminos, pues... encarga el cuidado de su hacienda á un compañero de colegio, un chico que le hace compañía á la señora y la lleva al teatro los domingos.

En el segundo vive una modista muy buera y muy amable. Hace vestidos á muchísimas señoras principales que la vienen á ver de tapadillo, porque como es modesta, y ellas quieren decir que se los hacen los modistos...

En el piso tercero...

—Bueno, basta,

ya sé que el vecindario es muy tranquilo...

—¡No se oye ni una mosca!

—Bien, pues voy á tomar el cuarto piso, pero no con objeto de habitarle, ¿comprende usted?

—No entiendo.

—Muy sencillo:

yo tengo una sobrina á quien protejo.

—¿Como el señor del bajo?

—Sí; lo mismo,

y de esto nada sabe la familia, porque estoy enfadado con mis primos.

—Entiendo, y quiere verla algunas veces sin que se enteren ellos.

—Cabalito.

—¿Va usted á dejar señal?

—El otro día

se la dejé á su Acisclo.

—¡Ah, sí! Le llamo así... por la costumbre; pero... no es mi marido.

Sinesio Delgado.

★

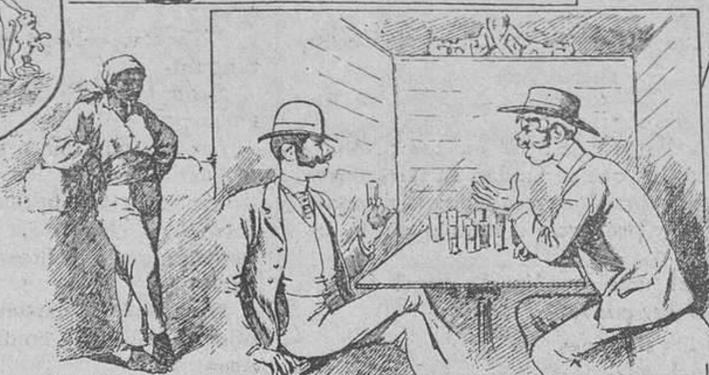


ESPAÑA CÓMICA.

Cádiz



Comprando el frito.



Nadie dirá, de seguro, que esto no es árabe puro.

Un cuarto de El Telescopio: - Pescarías y cañas.



Esto es lo que se figura uno que va á encontrar en Cádiz.



Dos tipos del muelle.



¡Vaya un garbo el de las costureras [aditanas! Suponiendo que esta muchacha sea costurera.]



En el pontón, al entrar, veréis este militar á manera de atalaya para decir al que vaya que no se puede pasar.



¡Ostiones y cañuyas...



Pescando ostiones en las salinas de San Fernando



Desde la azotea

CHISMES Y CUENTOS.

EXCMO. SR. MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN:

De suponer es que lo primero que ha de hacer V. E. al tomar posesión de su cargo será enterarse de los asuntos á él concernientes, y yo, el último de sus más fieles vasallos, voy á ayudar á V. E. en tarea tan enojosa, y en la medida de mis fuerzas escasas.

Por de pronto debo advertir á V. E. que una de las direcciones generales dependientes del ministerio de la Gobernación, sin razón ni fundamento alguno, es la de Correos. Y uno de los negociados dependientes de la susodicha dirección general es el de la prensa periódica.

Pues bien, en este negociado, dependiente de la dirección susodicha y del citado ministerio por consiguiente, se ha sentado hace unas cuantas semanas la donosísima teoría de que los paquetes de periódicos no timbrados deben pagar un céntimo por cada ejemplar, y no por el peso que tengan. Y no es lo malo que como teoría haya hallado eco y defensores entre aquellos menudos y al parecer insignificantes subalternos de V. E., sino que la han llevado guapamente á la práctica y están haciendo mangas y capirotos de la ley y de la justicia.

En el número anterior me tomé la molestia (una de las mil cosas inútiles que he hecho en este mundo) de acudir en respetuosa queja al director general del ramo; pero ¿V. E. ha recibido contestación? Pues yo tampoco!

Y debo advertir á V. E., por si no lo sabe, que yo pago puntualmente todas las contribuciones que las Cortes de la nación han querido imponerme, ¡qué ya es pagar! y estaba por decir que lo hago con gusto, puesto que el angustioso estado del Erario así lo exige y el bien social es antes que el individual, según el compañero Iglesias y todas las personas de recto juicio. Pero eso de que se le entoje á un empleado de la Administración pública interpretar mal (supongo piadosamente que con la mejor voluntad del mundo) una tarifa que á su vez no está hecha con la claridad y el buen espíritu que semejantes documentos requieren, es cosa por la cual no debo pasar sin hacer saber, al menos á quien tiene la obligación precisa de corregir estos abusos, que no me gusta que me den con la baidilla en los nudillos, como no le gustará tampoco á V. E.

Las razones en que apoyo mi demanda, expresadas quedan en los dos números anteriores de este periódico, donde puede saborearlas despacio V. E., si otras más importantes ocupaciones no se lo impiden. Si V. E. no tiene ningún ejemplar á mano, reclame en Correos los que se han extrañado en las dos últimas semanas, que son bastantes, como puede ver V. E. en el suelto que se inserta más adelante. Y yo supongo que, de no haberse los tragado la tierra, en Correos han de estar con su céntimo y todo.

Y una vez enterado del asunto V. E., y consultados los reglamentos, y convencido de que el peso de los paquetes de periódicos es la única base

justa de franqueo, de que número suelto no quiere decir paquete de números y de que falseando de este modo la ley se me perjudica notablemente, espero que V. E. dé las oportunas órdenes para que en la Central de Madrid se exija el franqueo de los periódicos con la misma tarifa y ley que en todas las administraciones de provincias y obedeciendo al principio equitativo que rige en el servicio postal del resto del mundo.

No pido favor, es justicia seca lo que pido.

Por lo cual supongo que V. E., como el señor director general, me dará la callada por respuesta.

Siempre á las órdenes de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

MADRID CÓMICO.

No puede negarse que es interesantísimo cuanto se refiere á la curación de la difteria, y que las dudas, los temores de que el doctor Roux exagere un poco nos tienen con el alma en un hilo.

Es decir, nos tenían, porque ya, gracias á Dios y á una sabia comisión de higiene, sabemos á qué atenernos en cuanto hace al caso.

Copio de *El Liberal*, para que no se diga que atestiguo con muertos:

«La comisión de higiene de la Junta municipal de Sanidad de Barcelona ha emitido dictamen acerca de la profilaxis de la difteria por medio de las inyecciones de suero de caballo.

«El dictamen dice textualmente...»

Ya veo á ustedes con el ansia reflejada en los semblantes, esperando la solución como agua de Mayo. Pero la precipitación es perjudicial; hay que andarse en todas estas cosas con pies de plomo. Tranquilícense ustedes, beban un vaso de agua, y... hagamos punto y aparte.

«El dictamen dice textualmente:

«La comisión higiénica de la Junta municipal de Sanidad, después de haber estudiado detenidamente la contestación á la que se dignó hacerle la ilustre comisión de Gobernación...»

Alto el carro. La comisión ha estudiado detenidamente la contestación á la... ¿qué? ¿A la que se dignó hacerle la comisión? Y ¿qué se dignó hacerle la comisión? Una contestación, según se desprende del texto. Supongo que sería una pregunta. Pero entonces, ¿por qué estudió la contestación? En fin, es un Gurugú. Adelante.

«... á la ilustre comisión de Gobernación, sobre «si puede ser perjudicial á la especie humana la inoculación del suero de caballo, según el método de Roux, para la curación de la difteria», tiene el honor de someter á esta ilustre Junta las siguientes manifestaciones.»

Me parece que la pregunta de la comisión de Gobernación no puede estar más clara. Pues verán ustedes las manifestaciones de la otra comisión higiénica, etc., etc.

«Después de mucha meditación y detenido examen (eso sí, que no falte eso), ha llegado á la conclusión de que, si bien parece que tienen gran importancia los resultados prácticos hasta hoy obtenidos por la aplicación

del indicado suero á los enfermos diftéricos (no era eso lo que les preguntaban á ustedes), hasta el presente no son tan completos que pueda decirse con seguridad si en todos los casos puede ser perjudicial á la humanidad, ni como profiláctica ni como curativa.»

¡Jesús, María y José! ¿Habrá algo curativo ó profiláctico que pueda ser perjudicial á la humanidad? De esos perjuicios nos dé Dios muchos.

Lo que habrá querido decir, supongo yo, la comisión higiénica, etc., etc., después de estudiarlo y meditarlo mucho, es que no sabe si los ensayos pueden ó no ser perjudiciales... por lo mismo que no sabe tampoco si darán resultados profilácticos ó curativos.

Pero ¿por qué no lo habrá dicho ¡Señor! después de tanta meditación y de tanto estudio?

El último párrafo del dictamen es como sigue:

«Cree esta comisión que no bastan las estadísticas en los primeros tiempos del empleo de uno de esos métodos que se fundan en tales bases, y á este fin, opina que, para informar sobre los resultados del citado procedimiento, es indispensable examine y presencie el clínico en la cabecera de los enfermos.»

Más claro: que el dictamen viene á ser una parodia de aquel famoso expresado en el coro de doctores de *El Rey que robó*:

«Según todos los síntomas
que tiene el animal,
bien puede estar hidrófobo...
¡y bien puede no estar!»

Estamos de suerte. Porque antes, cuando los paquetes se pesaban, se perdían muchos ejemplares del periódico por esas ambulancias de mis pecados; pero ahora, gracias al céntimo por número, no nos han birlado más que los siguientes en las dos últimas semanas, que yo sepa:

Dos destinados á D. Petronilo Moya, de La Sclana.
Uno al Círculo de Artesanos, de Ecija.
Otro á D.^a Adelaida de Lorenzo, de Soria.
Otro á D. Jaime Ferrer, de Barcelona.
Otro á D. José Relanzón, de Torrijos.
Otro á D. Carlos Cano, de Murcia.
Dos al Casino de Nava.
Dos á D. Aureliano Ibáñez, de Valencia.
Uno á D. Cándido Burgos, de Jabugo.
Otro á D. Eustasio Viviente, de San Pedro de Pinatar.
Dos á D. Valentín de Pinto, de Alameda de la Sagra.
Dos á D. Indalecio Terrero, de Mata de San Pedro.
Y el paquete á uno de los corresponsales de Alicante.
De modo que... no estamos precisamente en Sierra Morena, pero vamos á subir de un momento á otro.

Libros:

Romancero de Guzmán el Bueno, por D. Lino González Ansótegui, premiado en el certamen público de León. Después de leer el libro, se ve que el jurado obró con perfecta justicia.

Bianco y negro, colección de artículos y poesías de D.^a Soledad Martín y Ortiz de la Tabla y D. Rogelio Triviño (Almendralejo). Precio: 2 pesetas.

Poetas de D. Francisco Soto y Calvo, lindísimas y notables en su mayor parte. Un tomo lujosamente impreso en París.

Calar un novio, juguete cómico en un acto y en verso, basado en el pensamiento de una obra francesa, por D. Guillermo Perrín y D. Miguel de Palacios, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Martín.

Esperanza, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. José Sancho Rodríguez, estrenado con aplauso en el Teatro Principal de Málaga.

Obras escénicas de D. Abdón de Paz. Segunda edición. Un tomo impreso con gran lujo, y que comprende las obras *El rayo de luna*, drama en tres actos y en verso, y *Galerio*, tragedia en cuatro actos y en prosa.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. *Policarpo*.—Se publicará si usted quiere, pero con la firma de Campoamor, que es la que ha llevado siempre debajo.

Un escribiente.—Santo y bueno será defender el socialismo, pero no con lo que está diciendo á todas horas el compañero Iglesias. Hay que buscar novedad... hasta para proteger al proletariado.

Frasco rrito.—Al soneto no le falta más que una cosa, una pequeñez: algo de gramática.

H. B.—«En un prado frondoso
posaba una paloma
exhalando la aroma
del lirio y del clavel.»

¿Exhalando? ¿Aspirando habrá usted querido decir! Por supuesto que aunque lo hubiera usted dicho, seguirían siendo malas las octavillas.

Un cero á la izquierda.—Ambos cuentos son inocentes y sin pizca de gracia.

No le tires.—Entre tantos ¡oh infeliz de mí! no encuentro aprovechable ninguno.

Sustantivo.—Es demasiado conocido el cuento. Se le agradece, sin embargo.

Bonito.—Sí, bonito sí será, y supongo que barato también, pero lo que es bueno...

Mintar.—Bien hechas, pero un poco vulgares todas.

Sr. D. J. H. R.—La composición resulta pesada, el romance es un poco amanerado y dificultoso y el asunto... no merece que se le dediquen tantas líneas.

Modesio.—Yo quisiera decirle á usted todo lo contrario, pero la sinceridad me obliga á confesar... que me parecen bastante medianas ambas cosas.

Uno del gremio.—¡Caramba! no se enfade usted por tan poca cosa. Voy á publicarle á usted ésta:

«EQUIVOCACIÓN

Era una noche oscura y lóbrega
y en el portal de mi amada
había una sombra embozada
y cubierta bajo la bóveda.»

¡Ay! No puedo seguir. ¡Aparte usted de mí este cáliz!

Anéctoda.—Tenga usted en cuenta que lo excesivamente cándido resulta excesivamenteroso.

El Muergo.—¿Otra cuchufleta sobre las suegras? De antes de ayer es la ocurrencia precisamente.

Sr. D. F. G. C.—Piropos, sólo piropos, sin algo de miga dentro... francamente...

El Garnith.—Unos son demasiado atrevidos y otros demasiado gastados.

Tero.—Sí, señor, en cartulina. Encuadernados, 25 pesetas. Sin encuadernar, 20.

Sr. D. E. M. S.—No se puede pedir un asunto más inocente, más sencillo... y peor desarrollado.

Sr. D. N. M.—¿Ve usted? Así se deben hacer las cosas para demostrar el ingenio, cortitas y con su *asaura* correspondiente.

El de la Pitusa.—¡Demontre! Pero usted no sabe con qué metro quedarse definitivamente, y para cada verso emplea uno distinto. Así es que la composición suena mal de la cruz á la fecha.

Pata de Madapolam.—No, no se moleste usted en enviar la firma. Los publicaremos anónimos. ¡Son tan poquita cosa! Allá van:

«Amábanse dos novios con locura,
los genios motivaron su regaño
y ¡destino fatal! no hacía un año
cuando unieronse en la misma sepultura.»

¡Eh? No puede negarse que es bonito de veras.

Sr. D. S. M. A.—La carta está bien hecha y tiene intención dentro, pero ¡es tan personal! Se publicará el epigramita.

Yo.—Esos acrósticos (llamémoslos así) están más pasados de moda que los sombreros de catite. El cuento del fraile no me gusta desgraciadamente.

Sr. D. A. G.—No iba con usted aquella contestación. Por lo visto, hubo una coincidencia de pseudónimos. Tiene gracia lo de la boda, pero como usted comprende, es impublicable.

Sr. D. L. M.—Cuando una composición queda admitida, se avisa así en esta sección. Cuando no se dice nada, es... que no entra en turno. Se adopta este sistema por la imposibilidad de contestar á todos.

Sr. D. J. V. C.—El asunto no es de la índole del periódico, por lo menos desarrollado en esa forma.

A. y B..—Tienen ustedes gracia, en la carta sobre todo.

Sr. D. D. A.—La composición no tiene nada de particular. Y el epigrama... ¡rediez con el epigramita!

Fernán Duque.—*El chaleco blanco* es original de Ramos Carrión, con música de Chueca Y *La de San Quintín* es la última obra de Galdós. Queda usted servido.

Rey de Macedonia.—Se aprovechará alguna cosita.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID. 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º